

Yo le pedí al padre Jim Secora si yo pudiera usar una homilía que él dio en 2015. Él generosamente me dio permiso para usarlo.

Cuando el Papa San Juan XXIII abrió el Concilio del Vaticano II, en Roma, en el año 1962 dijo: «A veces, a nuestros oídos, hiriéndolos, ciertas insinuaciones de algunas personas que, aun en su celo ardiente, carecen del sentido de la discreción y de la medida. Ellas no ven en los tiempos modernos sino prevaricación y ruina; van diciendo que nuestra época, comparada con las pasadas, ha ido empeorando; y se comportan como si nada hubieran aprendido de la historia, que sigue siendo maestra de la vida, y como si en tiempo de los precedentes Concilios Ecuménicos todo hubiese procedido con un triunfo absoluto de la doctrina y de la vida cristiana, y de la justa libertad de la Iglesia. Nos parece justo disentir de tales profetas de calamidades, avezados a anunciar siempre infaustos acontecimientos, como si el fin de los tiempos estuviese inminente».

El papa, con estas palabras, estaba confrontando aquellos en la Iglesia, particularmente los de su círculo íntimo de asesores, cuya visión del mundo y de la Iglesia era solamente de desesperación y desesperanza. La visión de ellos era una visión de la Iglesia como una fortaleza, salva y segura en sus tradiciones, segura y cierta en su interpretación y presentación de inalterable «verdad». Aquellos afuera la Iglesia estaban en error, y «error no tiene derechos». Era el mundo contra nosotros y nosotros contra el mundo. Por el contrario, el papa San Juan propuso para «abrir de par en par las ventanas de la Iglesia y permitir de la brisa fresca del Espíritu soplar a través de ella», de abrazar un nuevo Pentecostés. Con esa actitud receptiva vendría un nuevo compromiso misionario con el mundo para que la Iglesia pueda ser vista como un faro, radiante con el resplandor de Cristo, un faro de luz en medio de los problemas, las preocupaciones, los sufrimientos, y crisis del mundo, una Iglesia que ofrecería esperanza, refugio, y abrazo.

Los tiempos del profeta Daniel y Jesús, como los tiempos que el papa san Juan XXIII enfrentaba, como los tiempos de hoy, todos estos tiempos estuvieron marcados por conflictos, discordia, inquietud política, la violencia, y las inexplicables luchas y sufrimientos de la vida cotidiana. Al igual que hoy, la gente enfrentó tentaciones a la ansiedad, el miedo, y la desesperanza. Al igual que nosotros, ellos trataban de encontrar la manera de explicar y lidiar con su presente situación y de comprender una visión de un futuro en el cual el trabajo duro del presente terminaría, la injusticia se corregiría, y una época de paz amanecería. Para este propósito, tanto Daniel como Jesús usan una forma de lenguaje altamente simbólica conocida como apocalíptica, o idioma para el fin del mundo—idioma que es una mezcla de visiones, símbolos, y sueños para formar su visión del presente y el futuro. Sus visiones altamente simbólicas no deben ser leídas como una receta del fin del mundo con instrucciones paso a paso. En última instancia, lo que Daniel y Jesús afirmaron para la gente de su tiempo, y para nosotros, fue que el plan de Dios se cumplirá; el reino de Dios será establecido; el bien triunfará sobre el mal; y la vida triunfará sobre la muerte.

Jesús no habla extensamente de predicciones de «fin del mundo». Inmediatamente después de su comentario apocalíptico, él habla de una parábola de una higuera. Cuando las nuevas hojas

Homilía por el padre Jim Secora, el 14/15 de noviembre de 2015
Revisada por Diácono John McCully y usado el 18 de noviembre de 2018

comienzan a brotar en unahiguera, es la promesa de un resultado fructífero después de un período de crecimiento marcado por períodos de estrés, como cualquier jardinero o agricultor sabe. Así también, dice Jesús, discípulos deberían «leer los signos de los tiempos» no a través de un lente de desesperación sino a través de el lente de esperanza. Jesús no está ingenuamente sugiriendo que la vida estará sin luchas, sufrimientos, y tragedias. Él pronuncia estas palabras durante sus últimos días que pasó en la tierra, plenamente consiente de la oposición y la muerte que está por venir, pero tiene confianza que la voluntad de Dios finalmente estaría ser lograda por medio de él. Jesús mismo es la esperanza y la realidad de esta nueva vida, la «rama [que saldría] de tronco de Jesé» (Isaías 11:1). A través de la vida de Jesús libremente ofrecida en la cruz, el apretón que pecado y muerte tienen en el mundo esta roto para siempre como la carta a los hebreos nos recuerda. Cada celebración de la Santa Eucaristía hace presente este sacrificio de Jesús, un sacrificio sin fin, y nos ofrece la entrada en su nueva vida. Para elegir una relación con él es encontrar vida, el Reino de Dios, aun en medio de las crisis actuales de este o cualquiera período del tiempo.

La respuesta para «tiempos turbulentos» no es retirarse o construir una iglesia que es una fortaleza, sino ser una iglesia que es un faro, como el papa Juan dijo en su estímulo a los obispos acumulados en concilio y como el papa Francisco nos dice en *Alegría del Evangelio*. La Iglesia, dice el papa Francisco, debe ser un «hospital de campaña», vendando los heridos, buscando los perdidos, estirando el brazo a aquellos que sufren, derramando el aceite de misericordia y justicia en sus heridas, recogiendo y llevándolos con nosotros en nuestra peregrinación al Reino.